

Un gran poeta español: Federico García Lorca

JOVEN de grávida y madura juventud, el autor de este *Primer Romancero Gitano* (1924-1927), presentado con sencilla sobriedad en las ediciones de la *Revista de Occidente*, nos da su canto claro, sereno y fresco.

Ortega y Gasset, interpretando a Góngora, nos dice que «poesía es voluntad de amaneramiento». El amaneramiento de este poeta es la sencillez. Sencillez que lo lleva a escribir romances gitanos de los que este primer volumen debe ser considerado anuncio armonioso. (Otra vez hablaremos de los *Romances de Ciego* de Salvador de Madariaga. Y de este tema de mayores resonancias: re-creación, por sus mentes más claras, de la tradición castiza de España.)

En una antología de la poesía española, que mentalmente tenemos formada, aparecen agrupados alrededor de la fecha ominosa de 1898: Unamuno (siempre que se hable de España habrá que empezar recordando a Unamuno), ávido de eternidad en su poesía áspera llena de abismos, germen acaso en su ruda y desnuda virilidad de su enérgica y vigorosa campaña civil en defensa de la ciudadanía española; Juan Ramón Jiménez, poeta de grillos y estrellas, sensibilidad verlainiana que tiembla sintiendo hasta el palpitar del silencio, transformado hoy en J. R. J., *el que olvidó su nombre*, autor y editor de libros admirables, presentados con una pulcritud amanerada hasta el gongorismo; Villaspesa, que en ese tiempo era poeta y hermano lírico de Juan Ramón Jiménez, y escribía—la observación es de E. Diez-Canedo—los borradores de bellos poemas perdurables, hoy dedicado a expender sus productos de quincallería lírica en los

tristes mercados literarios de nuestra América siempre que haya una espada que cantar (Lugones en ocasión histórica proclamó la hora de la espada); Machado, puro, diáfano, sutil («mi voluntad se ha muerto una noche de luna»), hoy profesor y académico, poeta siempre; Marquina, recio en *Vendimión*, suave en *Églogas* y *Elegías*, claro y profundo en *Las Siete Palabras*, poeta actual y civil en *Canciones del Momento*, hoy preocupado de resucitar en la dramática el pasado de España; Pérez de Ayala, cuyo pensamiento es poesía en *La paz del sendero*, *El sendero andante* y *El sendero innumerable*, y que, académico tras pintoresca y accidentada lucha, deja fluir por sereno cauce filosófico su egregia obra de poeta, ensayista y novelista; Valle Inclán, amanerado, d'annunziano, aristocrático y católico, hoy creador del esperpento, cantor de la marihuana y del indio mexicano que quema el trigo del encomendero.

En esa hora de 1898, ocaso lamentable de imperiales grandezas preteritas, la nueva generación de España quiere superar el ámbito provinciano, angosto, pequeño, en un salto genial hacia la vida cosmopolita. Al mismo tiempo que las voces más firmes claman por la regeneración y la europeización de España, los españoles próceres quieren volver a grabar la huella de sus conquistadores en la vida ecuménica.

Paradójicamente, Unamuno habla de la

africanización de España pero, apunta Ortega y Gasset, «ig-



García Lorca, por M. J. Ortiz

noro cómo se las arregla, que aunque se nos presenta como africanizador es, quiera o no, por el poder de su espíritu y su densa religiosidad cultural, uno de los directores de nuestros afanes europeos». O bien: «Don Miguel de Unamuno, morabito máximo que entre las piedras reverberantes de Salamanca inicia a una lórrida juventud en el energumenismo».

Aparece Rubén Darío, el genial indio triste, y enriquece la lira con la resurrección de formas castizas y la novedad de aladas palabras y nombres inauditos. («Abuelo, preciso es decirlo: mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París».) Sueña con ampliar y enriquecer el idioma, poderoso instrumento de dominio. Adivina la tragedia de su pequeña patria ensangrentada:

¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?

Se quiso dar resonancia universal a la lengua de Cervantes. Tal fué el imperativo categórico de la generación del 98. Hacer arrancar del derrumbe mismo un acto de voluntad, una afirmación de supervivencia, edificar sobre él la arquitectura de un nuevo imperio. Afirmar para siempre el anhelo de no morir, «hambre de eternidad».

Y así la lengua española se ha renovado pristinizándose: como noble moneda de oro viejo que ha ido adquiriendo nuevo brillo en el tránsito del abuelo al nieto.

Caso crucial el libro de Federico García Lorca: obra de un poeta selecto, nos quiere hablar en el lenguaje de todo el mundo, si todo el mundo hablara como hablan los poetas selectos.

Oigámosle:

Dice el *Romance de la luna, luna*:

La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira, mira.
El niño la está mirando.
En el aire conmovido
mueve la luna sus brazos

y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de duro estaño.

Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.
Niño déjame que baile.
Cuando vengan los gitanos,
te encontrarán sobre el yunque
con los ojillos cerrados.
Huye luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos.
Niño, déjame, no pises
mi blancor almidonado.

El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.
Dentro de la fragua el niño
tiene los ojos cerrados.
Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados.

Cómo canta la sumaya,
¡ay cómo canta en el árbol!
Por el cielo va la luna
con un niño de la mano.

Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
El aire la vela, vela.
El aire la está velando.

Retórica del balbuceo. Primor de la repetición. Síntesis. Economía de los medios de expresión. Sencillez. Juan Ramón Jiménez menos estilizado. Escorzo de un romance de gitano anónimo. Cruce de prócer poesía y rítmico consuetudinario. Sublimación de lo cotidiano. Poesía. Poesía de lo vulgar. Poesía pura.

Otro ejemplo, el *Romance de la casada infiel*:

Y yo que me la llevé al río
creyendo que era mozueta
pero tenía marido.
Fué la noche de Santiago
y casi por compromiso.
Se apagaron los faroles
y se encendieron los grillos.
En las últimas esquinas
toqué sus pechos dormidos
y se me abrieron de pronto
como ramos de jacintos.
El almidón de su enagua
me sonaba en el oído,
como una pieza de seda
rasgada por diez cuchillos.
Sin luz de plata en sus copas
los árboles han crecido
y un horizonte de perros
ladra muy lejos del río.

• • •

Pasadas las zarzamoras,
los juncos y los espinos,
bajo su mata de pelo
hice un hoyo sobre el limo.
Yo me quité la corbata.
Ella se quitó el vestido.
Yo el cinturón con revólver.
Ella sus cuatro corpiños.
Ni nardos ni caracolas
tienen el cutis tan fino,
ni los cristales con luna
relumbran con ese brillo.
Sus muslos se me escapaban
como peces sorprendidos,
la mitad llenos de lumbre,
la mitad llenos de frío.
Aquella noche corrí
el mejor de los caminos,
montado en potra de nácar

sin bridas y sin estribos.
No quiero decir, por hombre,
las cosas que ella me dijo.
La luz del entendimiento
me hace ser muy comedido.
Sucia de besos y arena
yo me la llevé del río.
Con el aire se bañan
las espadas de los lirios.

Me porté como quien soy,
como un gitano legítimo.
Le regalé un costurero
grande de raso pajizo,
y no quise enamorarme
porque teniendo marido
me dijo que era mozuela
cuando la llevaba al río.

Subrayemos en este romance los alquitaramientos de retórica simplificada:

toqué sus pechos dormidos
y se me abrieron de pronto
como ramos de jacintos,

bella frase decorativa.

El almidón de su enagua
me sonaba en el oído
como una pieza de seda
rasgada por diez cuchillos,

sensación de pueblo en lengua de poeta.

Un horizonte de perros
ladra muy lejos del río.

mundo de sensaciones en el estuche de una frase breve.

Así podría seguirse glosando el romance, y todos los romances del libro, para llegar a análogas conclusiones: una nueva sensibilidad late en la poesía de García Lorca, sensibilidad que

se traduce en una claridad castiza, humilde, simple, que no es facilidad (lo que llaman la «fácil palabra» o «el estilo flúido») sino heroica conquista del poeta en la forja de un estilo nuevo, viviente, humano. ¡Qué lejos estamos en este libro de la deshumanización del arte! En él hay una naturaleza, y unos hombres, y unas pasiones recreadas por un poeta, vistas y sentidas por un poeta, pero vistas en cuanto a naturaleza, hombres y pasiones. ¿Cómo sería posible la deshumanización?

Si hasta ese mismo primor de la repetición, que ya señalamos, ese balbuceo, ese tono lánguido y vacilante, ese afán del hombre que busca la palabra y deja esbozada la expresión elíptica, es lo fundamental en el hombre primitivo, maravillado en la plácida contemplación del mundo idílico, y acaso sea lo fundamental del hombre del futuro, congestionado por la vida frenética de las ciudades tentaculares. ¡Y esto no puede ser sino humano, profundamente humano!

Yerran, a mi juicio, los que han erigido a don José Ortega y Gasset en el corifeo de la deshumanización del arte. Tan preclaro meditador sólo ha intentado explicar, interpretar, hacer una anatomía y una fisiología del arte nuevo sin entender en ningún momento, hacer la autopsia de sí mismo. Entre fusilar a los artistas nuevos o procurar comprenderlos, eligió el segundo camino. Elección de pensador. En el arte, como en la ciencia y en la filosofía, debe haber herejes y es obligación de los maestros de la época esforzarse en comprenderlos y explicarlos, sobre todo cuando traen o creen traer, la magia de una nueva tentativa. Es lo que ha hecho don José Ortega y Gasset con el arte contemporáneo con una evidente simpatía por los herejes pero sin ser—¡claro que no!—uno de ellos.

Volvamos a García Lorca. Y repitamos lo del primor de la repetición.

Nuevos ejemplos:

Se ven desde las barandas
por el monte, monte, monte,
mulos y sombras de mulos
cargados de girasoles.

Sus ojos en las umbrías
se empañan de inmensa noche.
En los recodos del aire
cruje la aurora salobre.

Un cielo de mulos blancos
cierra sus ojos de azogue
dando a la quieta penumbra
un final de corazones.

Y el agua se pone fría
para que nadie la toque.
Agua loca y descubierta
por el monte, monte, monte.

(San Miguel).

Cuando llegaba la noche,
noche que noche nochera,
los gitanos en sus fraguas
forjaban soles y flechas.
Un caballo mal herido
llamaba a todas las puertas.
Gallos de vidrio cantaban
por Jerez de la Frontera.
El viento vuelve desnudo
la esquina de la sorpresa,
en la noche platinosche
noche, que noche nochera.

(Romance de la Guardia Civil Española).

Unamuno, en sus últimos versos, *Romancero del Destierro* (pág. 43), escribe:

Luna lunera lunática, sales
cuando ya amengua mi anhelo de espera;
vuélvete nube, mi luna lunera,
pues ya de noche de nada me vales.
Deja que floten tus blancos cendales
en el azul con que tapa a su esfera
tu padre el Sol, que al hacer su carrera

te deja en prenda sus viejos pañales.
 ¡Ay, triste espejo de luz del ocaso!
 Sin las estrellas en coro ¿qué dices?
 Mueres de día dejando tu vaso
 pálido, frío, vacío, infelices
 los que de él beben tu ley del acaso...!
 Luna lunera, no lo martirices.

En otra poesía del mismo libro Unamuno glosa el refrán de un viejo juego de niños y poetiza:

6 × 3 18
 10 × 10 son 100.
 ¡Dios! no dura nada
 nuestro pobre bien!

(pág. 86).

Ambos libros han aparecido casi contemporáneamente: el de Unamuno en Buenos Aires y el de García Lorca en Madrid. Acaso desconociendo reciprocamente estos libros, sus dos autores, por otra parte tan diversos, coinciden, sin embargo, en ese tono fundamental de retorno a la sencillez, a la sencillez difícil y buscada, rebuscada a veces, pero cuyos lentos y sabios alquitaramientos permanecen ocultos al lector que sólo admira la magia del verso concluido. Coincidencia hasta en el título de los libros y en la elección de la forma tradicional del romance.

Unamuno mira a su patria desde Hendaya («me duele España»); García Lorca en el solar nativo evoca un ingenuo cantar de gitanos y su *Primer Romancero* lo unge gran poeta por la gracia de Dios que se derrama en belleza, pura, clara, serena, inefable belleza.

El adiposo sentido común o el chiste turbio de ojos cínicos querrán clavar su garra y su mirada soez en la pulpa fragante de este libro cuyas páginas, por donde quiera que se las abra, sólo reservan sorpresas de poesía a quienes saben leer y sentir como poetas los libros de poesía.

No conocemos la producción anterior de García Lorca. Información de periódico literario nos lo presenta como autor de

dos o más libros líricos. Creemos que el *Primer Romancero Gitano* marcará, con la superación de esa obra anterior, el anuncio de nuevas y prometedoras superaciones.

En la antología de la poesía española que hemos formado mentalmente para nuestro uso personal agregaremos un nombre nuevo: Federico Garcia Lorca, gran poeta, frente a las figuras próceres del 98.

R. MEZA FUENTES.